

Dos Sainetes

Por Carlos García Prada

SALIRSE CON LA SUYA

Sainete en un acto y tres cuadros.

Personas:

Pin Majo
Carmela Su novia
Isabel Madre de Pin
Lolita y Chiflas Mozos del pueblo
Nolón Amigo de todos

Cuadro Primero

La escena representa un patio. En el centro una fuente. Puerta lateral. Carmela aparece regando las flores. Es una muchacha viva y alegre. Anda airosamente y canta: (**Valencia:** "Valencia es la tierra de las flores, de la luz y del amor. Valencia, tra-lala-lá, etc."). Entra Pin en puntillas, vestido con bazarra.

Pin. - (Se le acerca a Carmela por detrás y le pone las manos en los ojos) ¡Hola! ¿A que no adivinas quién?...

Carmela. - (Dando un saltito y riendo) ¡Pin! ¡Ay, qué susto me has dado!

Pin. - (Mirándola con cariño) ¡Adivinaste! ¿Y por qué andas tan alegre?

NOTA. - El Profesor García-Prada elaboró con fines estrictamente pedagógicos y con destino a sus discípulos de la Universidad de Washington una serie de pequeñas obras teatrales en español con el propósito de interesarlos en nuestra lengua. Una muestra de ellos son los dos que aquí incluimos y que nos envió especialmente el distinguido escritor colombiano hace años residente en Norteamérica.

Carmela. - ¡Tontuelo! Pues porque sabía que estabas cerca. ¿Y tú, cómo estás?

Pin. - Yo... con sed... ¿Quieres darme de beber?

Carmela. - Sí, hombre, sí. (Le ofrece el cántaro) A ti primero que al rey.

Pin. - ¿Primero a mí que al rey? ¡No tanto, Carmela, no tanto!

Carmela. - (Coqueteando) ¡Ay, Pinito!... Es que el rey está más lejos que tú...

Pin. - (Bebe con tanto gusto que hace chasquear la lengua al poner el cántaro junto a la fuente) ¡Aaah, qué buena! No parece agua de la fuente.

Carmela. - Pues sí lo es.

Pin. - Entonces estará tan buena porque me la diste tú... (Le coge una mano y la mira sonriendo) Carmela...

Carmela. - (Haciendo diabluras con los ojos) ¡Ja, ja, ja!... No seas tan zalamero, Pinito.

Pin. - (Muy conmovido e insinuante) ¡Carmela, Carmelina!

Carmela. - (Derritiéndose) ¡Ay, Pin!... ¡Pinito mío!

Pin. - ¿Me quieres mucho, Carmelina?

Carmela. - Hombre, ¿por qué me lo preguntas?

Pin. - Porque me gusta oírtelo. ¡Ah, Carmelina, dime que me quieres!

Carmela. - Te quiero, sí... Y si tu madre se opone a nuestro matrimonio... ¡Ah, Pin, entonces vas a ver cuánto te quiero!

Pin. - ¿Qué harás, cielito lindo?

Carmela. - Pues... Me tiro al río ¡y se acabó!

Pin. - (Muy conmovido) ¡No, Carmelina, eso no! (Se miran fijamente, y Carmela se pone a sollozar. En éstas entra Nolón, joven muy simpático y travieso).

Nolón. - (En tono casi paternal) Buenos días, buenos días. ¿Pero qué tenéis, hijitos?... ¿Por qué esos sollozos, Carmela?

Pin. - ¿No lo sabes, Nolón?

Nolón. - ¿Que estáis enamorados?... Bueno, pero... ¿Por qué esos sollozos, Carmela? (La coge de la mano, y la acaricia con sus palabras) Vamos, hijita, vamos, hay que alegrarse, ¿verdad?

Carmela. - (Sollozando todavía) Gracias, Nolón. Pero tú no lo sabes todo... Pin y yo nos queremos, sí, pero doña Isabel... No sé...

Nolón. - ¡Qué doña Isabel, ni qué diablos!

Pin. - ¿Qué dices de mi madre, Nolón?

Nolón. - (Como cogido en una trampa) ¿Yo?... Yo no digo nada... (A Carmela) Yo le hablaré a doña Isabel, que es una santa. Mira, niña: yo le diré que tú no quieres a Pin ni tanto así (Con el dedo pulgar señala la puntita de la uña del índice), y pronto veremos lo que sucede... ¡Adiós, mis hijitos, adiós! (Sale Nolón. Pin y Carmela lo siguen hasta la puerta y desde allí le hacen señas de despedida).

Carmela. - ¡Ah, ese Nolón, qué bueno es! Nolón nos ayudará, y como él siempre se sale con la suya...

Pin. - Es cierto. Esperemos. (Los amantes vuelven a cogerse de las manos, y el telón cae lentamente).

Cuadro Segundo

..

La escena representa la casa de doña Isabel, en una calleja del pueblo. A la izquierda una ventana. Entran Nolón, Lolita y Chiflas, con mucho misterio.

Nolón. - (Cuchicreando) Aquí es la cosa. Esa es la ventana de Isabel.

Lolita. - (Mirando por la ventana) ¡Uy, qué casa! Parece una cueva de ratones.

Nolón. - Silencio, Lolita... Mira que Isabel puede salir con un rifle...

Chiflas. - (Es el tonto del pueblo, y tartamudea que da susto) ¿Isabel... con un rifle?... ¡Ay, ay, ay!... De aquí me voy yo. (Trata de escapar pero no puede, porque Nolón lo tiene del brazo).

Nolón. - No, Chiflas, no te vayas, que te necesitamos.

Lolita. - (Inquisitiva y en voz muy baja) Bueno, Nolón, pero dínos: ¿por qué se opone doña Isabel a los amores de Pin?

Nolón. - Porque es tan orgullosa, y cree que aquí no hay mozas dignas de él. Isabel dice que Pin merece una princesa...

Lolita. - ¡Aaay!... ¡Qué pretenciosa!

Chiflas. - ¡Juum! Isabel no sabe lo que es bueno. Chicas hay aquí... Tú, por ejemplo, Lolita... (Le ciñe el talle) Tú, amorcito...

Lolita. - (Rechazándole con rara violencia) ¡Atrás, don Chiflas! ¡Tú sí que estás hoy más tonto que nunca!

Chifas. - (Riendo a carcajada tendida) ¡Ja... ja... ja...! Jo... je... jí... ¡Lolita, amorcito mío de mi alma! (Vuelve a la carga, persiguiendo a Lolita y tratando de darle un beso descomunal).

Lolita. - (Chillando sin medida) ¡Ay... uy... uy! ¡Pero qué atrevido es este bruto (La ventana de doña Isabel se abre de repente, y aparece en ella la señora alarmadísima. Lolita y Chiflas salen corriendo).

Isabel. - ¡Virgen Santísima! ¡Pero qué es esto?... Hola, Nolón, ¿qué vientos te traen a mi ventana? Hacía mucho tiempo que no venías por estos lados.

Nolón. - La casualidad, Isabel... La casualidad me ha traído... Oí los gritos de esos enamorados, y claro... ¿Y Pin por dónde anda?

Isabel. - No me lo preguntes. Es cosa que me tiene preocupada... ¿Estará enamorado también?

Nolón. - ¿Enamorado?... Por supuesto. ¿Para cuándo quiéres que le entre el cosquilleo del matrimonio?... ¿Para cuando esté viejo?

Isabel. - Entonces... ¡Ay, Santo Dios!... Dime la verdad... No, no me la digas, que vas a matarme. ¡Ay, Pin!... Pin, hijo mío, ¿ya no quieres a tu madre?... Nolón, ¿qué sabes tú de mi Pin? Dímelo ya... Dime la verdad, la pura verdad.

Nolón. - ¡Pero qué diablos! ¿No sabes nada de eso, Isabel?... Tu hijo está peor que enamorado... Está loco, y quiere casarse.

Isabel. - (Con los ojos desorbitados por el asombro) ¡Ay, Nolón, qué desgracia! ¿Casarse mi Pin, y dejarme sola en el mundo?... ¡Imposible! ¡No, y no, y mil veces no!

Nolón. - Pero mujer: ¿cómo vas a oponerte a los designos de Dios?

Isabel. - (Enfáticamente) Digo que no... que nó!

Nolón. - Entonces no hay remedio. Pin va a morir de amor, porque... porque...

Isabel. - (Llena de ansiedad) Porque... ¿qué?... Dímelo, no te atragantes.

Nolón. - (Titubeando) Mejor es que yo no lo diga... En estas cosas bueno es no mezclarse...

Isabel. - (Con mayor ansiedad) Pero... ¿y quién es ella?... Sácame esta espina, Nolón, por Dios.

Nolón. - (Titubeando más y más) Y lo malo es que la moza no quiere a tu hijo, y el pobre, desesperado, piensa marcharse muy lejos, para olvidarla...

Isabel. - (Apretando los puños con ira) ¿Que la moza desprecia a mi Pin? ¿Pero tú estás en tus cabales, Nolón? ¿No es Pin el mejor mozo del pueblo? ¿Y dices que ella no quiere a mi hijo, al hijo de Isabel Morales del Castillejo? ¡Ah, infame mujer!

Nolón. - Lo que oyes, Isabel. La moza no quiere a tu hijo. No lo quiere ni esto. (Vuelve a hacer su seña favorita, con los dedos).

Dos Sainetes

Isabel. - ¡Eso no puede ser! Pin es mi hijo, y ella ¿quién es? ¡A ver, Nolón, dímelo tú! No, no me lo digas, que soy capaz de ir allá a sacarle la lengua a esa mala mujer.

Nolón. - Es Carmela, la del molino.

Isabel. - (Haciendo sus cálculos) ¿Carmela dices?... Bueno, como guapa Carmela no tiene igual... Y como buena... parece serlo, ¿eh Nolón?... Pero ni aun así... ¿A quién aspira esa chicuela? ¿A uno de los Reyes Magos?... ¡Válgame Dios! Eso lo arreglo yo, y ahora mismo. Al molino me voy, y verá Carmela que yo siempre me salgo con la mía... ¡Adiós, Nolón! (Doña Isabel desaparece, y Nolón se echa un par de cruces, sonriendo con picardía. El telón cae rápidamente).

Cuadro Tercero

La escena es la misma del cuadro primero. Carmela está regando las matas y cantando: (**Cielito lindo:** "Ay, ay, ayay!... Canta y no llores, porque cantando se alegran, cielito lindo, los corazones"). Doña Isabel llega, y la observa desde la puerta.

Isabel. - ¡Hola, Carmela! ¿Se puede?...

Carmela. ¡Ah, es usted, doña Isabel?... Buenas tardes, pase usted. ¿En qué puedo servirle?

Isabel. - (En tono muy grave) Pues, vamos a ver, niña... Alguien me acaba de decir que mi hijo está enamorado de usted...

Carmela. - ¿De veras?

Isabel. - (Acercándosele un poco más) Y me dijo también que usted lo desprecia.

Carmela. - ¡Oh, eso no, doña Isabel!

Isabel. - Lo que sea... ¿Pero quién es usted para mirar a Pin como si fuera un trapo sucio? Mi hijo es el mejor mozo de este pueblo, Carmela.

Carmela. - Es verdad, pero el corazón es el corazón, doña Isabel.

Isabel. - Déjese usted de remilgos. Yo creo que el corazón de usted lo tiene lleno de espinas.

Carmela. - ¡Señora, eso no lo diga usted!

Isabel. - Las cosas claras, Carmela. ¿Y por qué consiente usted que Pin se vuelva loco sólo por quererla? ¿Es usted una princesa, o qué?

Carmela. - Sin serlo, lo siento en el alma, ¿pero qué culpa tengo yo?... Yo no he hecho nada malo. Que lo digan mis lágrimas (Carmela solloza primero, y en seguidita se pone a llorar).

Isabel. - (Confundida y cariñosa) ¡Ay, Carmelina, no llores!... Buena lo eres, y mucho. Y tú no has hecho nada malo. Pero digo yo: ¿por qué no le das alguna esperanza a mi Pinito? Mira, Carmelina: el pobre tiene deshecho el corazón, y piensa marcharse muy lejos porque tú no le haces caso.

Carmela. - ¿Pero tanto me quiere, doña Isabel?

Isabel. - Tanto y mucho más. ¡Ah, si tú pudieras!...

Carmela. - ¿Y yo qué puedo hacer?

Isabel. - Darle alguna esperanza, Carmelina.

Carmela. - Bueno, entonces dígame a Pin que no se marche, pues me parece que ya le quiero un poquitín.

Isabel. - ¡A, Carmela, no sabes el pesar que me quitas de encima! (Le coge una mano, y le habla con mimoso cariño) ¿Y cuándo me llamarás mamá?... Muy pronto, ¿verdad, Carmelina linda?

Carmela. - (Vuelve a sollozar) Bueno, mamá... Yo a Pin ya lo quiero otro poquitín. (Doña Isabel abraza efusivamente a Carmela, sin ver a Pin y a Nolón, que están en la puerta).

Nolón. - (En voz baja y señalando a las dos mujeres) Mira, Pin: la cosa va bien. (Pin y Nolón se acercan).

Pin. - (Muy conmovido) ¡Mamá, mamacita!... ¡Y tú, Carmela!... ¡Juntas las dos, y tan amigas! ¡Qué sorpresa tan agradable!

Isabel. - (Cogiendo a Carmela de la mano y presentándosela a Pin) ¡Albricias, hijo mío! Esta chica tan guapa te quiere mucho y acaba de llamarme mamá. ¿Verdad, Carmelina linda?

Carmela. - Así es, mamacita.

Pin. - (Tomando a las dos mujeres en sus brazos) ¡Oh, qué bueno, pero qué bueno! Y qué felices seremos todos, ¿verdad?

Carmela. - Sí, muy felices, y por siempre jamás.

Isabel. - (Tan orgullosa de su triunfo que no cabe) ¡Ay, sí, muy felices, y por siempre jamás. (A Nolón, que contempla la escena). Yo te lo dije, Nolón: ¡yo siempre me salgo con la mía! (Doña Isabel se aleja, radiante de alegría, y les envía a todos muchos besos sopladados, que ellos cogen en el aire y retornan con cariño).

Pin y Carmela. - ¡Adiós, adiós!

Nolón. - Sí, claro... Doña Isabel se ha salido con la suya, ¡Ja, ja, ja! (Se aleja. Pin y Carmela se besan, y el telón cae lentamente).

HABLAR POR HABLAR

Sainete en un acto y tres cuadros

Personas:

Doña Beatriz
Sarmiento, su marido
Inés, criada
Roldán, pícaro
Petruca, moza del pueblo
Un Corchete

Cuadro Primero

La escena representa una sala-comedor, sobriamente amoblada. En sus paredes un crucifijo, un reloj y tres estampas de santos. Puertas laterales. Al fondo una mesa angosta, con un mantel que casi toca el suelo. Al levantarse el telón aparece doña Beatriz, sentada, haciendo calceta. Es una dama de unos treinta años, muy acicalada, que habla en tono magistral y sentencioso. Pasa un minuto. De repente le echa un vistazo al reloj y otro a la mesa, se pone muy nerviosa y llama varias veces con una campanilla, sin que nadie le responda.

Doña Beatriz. - Inés... ¿Qué digo? ¡Inés... Inés... Inés!

Inés. - (Entra por la izquierda, acezando, con la mano en el corazón) Sí, ya oigo. ¡Señora!... ¡Señoraaa!

Beatriz. - ¿Qué dices, bellaca? ¿Así me respondes, so sinvergüenza? ¿No te he dicho cien veces que la vergüenza es la joya que mejor luce en las mujeres, y más si son criadas? Porque las criadas...

Inés. - Sí, sí, bien lo sé. Pero es que cuando usted llama, sin necesidad llama cien veces.

Beatriz. - No exageres, mujer. ¿No ves que ciento es un número mayor? ¿Y que si se le pone un cero a la derecha da mil, y si cuatro da un millón? Y eso que los ceros, en sí mismos, no tienen valor, aunque el valor...

Inés. - (Interrumpiéndola y remedando su estilo) El valor es lo contrario de la cobardía, y la cobardía...

Beatriz. - ¡Silencio! ¡No me interrumpas, y déjame hablar para que aprendas! Aprender vale tanto como escuchar...

Inés. - Sí, cierto. No me lo explique, que aprendido lo tengo. Vamos al grano, doña Beatriz: ¿qué es lo que debo hacer? Pero dígamelo sin hablar tanto.

Beatriz. - ¿Y por qué no, doña Respondona? Hablando se expresa el pensamiento, aunque se hable en prosa. De la prosa asciende el alma a la poesía...

Inés. - O a la nada tenebrosa.

Beatriz. - ¡Eso no, idiota! Mas como de poesía no entiendes tú ni jota, en prosa te mando que sirvas la mesa. Sarmiento no tardará y al marido hay que darle de comer, porque si no, se enoja, y si se enoja... ¡Ah!... Si mi Sarmiento se enojase o se enojara de veras, y si cogiese o cogiera por ahí ese garrotillo que a la mano tengo... ¡Virgen Santa!... Podría comenzar contigo y terminar...

Inés. - Por poner paz en esta casa.

Beatriz. - ¡Silencio, malhablada! Mi marido se acerca. ¿No le oyes los pasos? ¡A servir la mesa, mujer!

(Inés, muy amoscada, comienza a servir la mesa, y entra Sarmiento por la derecha. Es un hidalgo de cuarenta años, reposado y sonriente).

Sarmiento. - ¡Hola, Beatriz! ¿Qué pasa? ¿Por qué los gritos?

Beatriz. - ¿Gritos?... ¡Eso no! Es que la Inés...

Sarmiento. - Buena pieza ¿eh?

Beatriz. - ¿Buena pieza la llamas? ¡No, no, no! Piezas son las partes de un todo. El todo vale más que cualquiera de sus partes. Si un todo se parte...

Sarmiento. - ¡Que un rayo nos parta! ¿Habrás paciencia? (Se sienta a la mesa esperanzado). Y de comer... ¿hay parte?

Beatriz. - (Muy dramática) ¡Ah!... Comer... comer... comer. ¡Nada más que comer! Comer es cosa de bestias. Las bestias no tienen alma. Sin alma no hay amor. ¡Qué bien lo comprendo yo ahora! ¡Tú ya no me amas! Tú sólo piensas en comer, como las bestias. Tú no tienes alma, y sin alma no hay amor. Sin amor no hay felicidad, y sin felicidad...

Sarmiento. - (Alarmadísimo) ¡Dios Santo! Por ahí no sigas, que nos precipitas.

Beatriz. - ¿Y por qué no? De Dios venimos, y a Dios vamos, y si por ahí seguimos...

Sarmiento. - (Levantándose y dirigiéndose a la puerta de la calle) Bueno, si por ahí seguimos, a Dios nos vamos... Con que... ¡Adiós, doña Habladora! (Le hace una profunda reverencia y sale, dejándola consternadísima).

Inés. - (Metiendo la cuchara) ¿No lo ve, doña Beatriz? Es lo que yo digo: cuando se habla tanto... ¿Y la comida?

Beatriz. - (Levantándose de un salto, deja caer al suelo la calceta y da un fuerte taconazo en el suelo) ¡Silencio, entrometida! ¡Silencio, mujer del demonio! ¿Cómo te atreves tú?... ¿La comida? ¡Que se enfríe! Y tú... (La mira amenazante, y da otro taconazo formida-

Dos Sainetes

ble) Tu... ¡Ca... largo! ¡Largo de aquí! (La criada se larga haciendo gestos como quien quiere evitar el peligro, porque doña Beatriz ha cogido el garrotillo, y ésta dale que dale: trágica, levantando los brazos al Cielo e implorando su favor) ¡Ah, Sarmiento, marido mío, del alma mi tormento! Ingrato eres e impaciente. Impaciente e ingrato como todos los maridos. ¡Ay, Dios mío!... ¡Qué insufribles son todos los maridos! ¡Y qué imposibles!... Y ante lo imposible... (Cruza ahora los brazos en el pecho e inclina la cabeza) Ante lo imposible sólo convienen el silencio y la resignación... Sí, el silencio, padre de la verdad, hermana de la resignación (Se queda un momento pensativa y vuelve a la carga, pero el telón cae antes de la catástrofe) ¡Inés!... ¿Qué digo? ¡Inés!... ¡Inéesss!

Cuadro Segundo

Representa una plazuela, con su fuente hacia el centro. Al levantarse el telón aparece Petruca —que ha dejado su cántaro en el brocal— coqueteando muy de cerca con el pícaro Roldán, cuya charla, no tan sentenciosa como la de doña Beatriz, se distingue por lo simiesca y atropellada.

Roldán. - (Cogiendo a Petruca por el talle) ¡Vamos, Petruca! Miedo no tengas, ni me digas eso, que me matas.

Petruca. - (Saliéndosele de las manos) ¡Alto ahí, Roldán! Mejor es de lejitos.

Roldán. - ¡Qué necesidad la tuya! ¿Así resistes a un hidalgo?

Petruca. - ¿Hidalgo?... De veras lo sería si tuviera algo y ese algo me lo diera.

Roldán. - Pero Petruca, ¿no ves que quiero darte mi amor? El amor... (Vuelve a ceñirle el talle y trata de besarla) El amor...

Petruca. - (Sin salirsele ahora de las garras, le pone una mano en la boca, como defendiéndose) ¡Ay, Roldán!... De amor no me hables aquí ¡que me muero! (La chica comienza a derretirse, y en su dulce desmayo, no nota que el pícaro, amorosamente... le va quitando el collar que tenía puesto. En tan crítico momento llegan, cada uno por su lado, Sarmiento y un Cochete chiquitín y muy uniformado).

El Corchete. - ¡Hola... hola! Con que aquí... ¿en público? (Petruca reacciona; se desprende de Roldán y corre hacia la fuente a llenar su cántaro).

Roldán. - (Al corchete, con gentil cortesanía) ¡Hola, sí, señor guardia de mi alma! Aquí, como es natural, le estaba enseñando a esa chica... En la fuente...

El Corchete. - (Remedándolo un poquito) ¿Del bien y del mal?...

Roldán. - ¡No, no, no! ¡Líbreme Dios de semejante crimen! Le enseñaba las virtudes de esta fuente maravillosa.

El Corchete. - Con que las virtudes, ¿eh? En ese caso, vamos a probarlas (El corchete se acerca a Petruca y le coge el cántaro, para probar).

Roldán. - (Como si hablase con lo infinito) Sí, en verdad. Grandes virtudes tiene esta fuente sin igual. Las virtudes teologales son tres: fe, esperanza y...

Sarmiento. - (Interrumpiéndolo, al ver que el pícaro pertenece a la misma escuela dialéctica de doña Beatriz) ¡Y caridad, digo yo!

Roldán. - Y muy bien dicho, caballero, porque... viéndolo bien: sin fe no hay esperanza, sin esperanza el mundo se pierde, y sin caridad...

Sarmiento. - (Señalando al corchete y a Petruca) Se pierden las chicas de este mundo ¿eh?

Roldán. - No tanto, no tanto, señor don...

Sarmiento. - Sarmiento. Así me llamo.

Roldán. - ¿De veras? Noble nombre y bello, don Sarmiento. A mí me llaman Roldán. ¡Ah, Roldán, el sin par entre los pares de Francia! Porque el tal don Roldán... ¿Sabe usted?

Sarmiento. - ¡Ya, ya! Y usted... ¿No quisiera ser tan famoso como él?

Roldán. - ¿Como mi tocayito?... ¡Imposible! Aunque, viéndolo bien... ¿Cree usted?

Sarmiento. - Por supuesto. Vea usted, amigo: mi mujer, doña Beatriz... ¿Podría usted venir a curármela ahora mismo?

Roldán. - ¡A curársela!... ¿Pues qué le duele?

Sarmiento. - No le duele, pero le rasca la gana de hablar. Mi mujer es tan habladora que ni el diablo la aguanta. Yo la he querido curar, y para ello he ensayado mil remedios, pero en vano. Ahora, si usted quisiera ensayar... ¿Quiere ir conmigo a casa? Le diré a Beatriz que usted es mi primo.

Roldán. - ¿Su primo?... ¡Qué bien dijo usted! Primo le decimos al hijo de un tío, y a la hija prima. Prima es la cuerda que canta en la guitarra. La guitarra tiene cinco órdenes. Las órdenes mendicantes son cuatro.

Sarmiento. - (Convencido de que en Roldán hallará doña Beatriz la horma de su zapato) ¡Basta, Roldán! Mejor es que gaste esa pólvora con mi Beatriz. Lo convidó a comer.

Roldán. - ¿A comer dice?... ¡Magnífico! ¿Y por cuánto tiempo?

Dos Sainetes

Sarmiento. - El necesario para curar a mi mujer.

Roldán. - ¿Comiendo?

Sarmiento. - No, hablando sin dejarla hablar.

Roldán. - ¡Oh, lo comprendo! ¡Vamos! ¡Listos! (En tono mayor, y levantando la mano en señal de retenerla:)

A tu casa voy, Beatriz,
donde probarte yo espero
que si hablas tú **de vero**
¡yo te haré callar al fin!

Cuadro Tercero

Lo mismo que el primero. Al levantarse el telón se ve la mesa ya bien servida. Entran Sarmiento y Roldán charlando, por la derecha.

Roldán. - ¿Y sí habrá buen bocado?

Sarmiento. - (Mostrándole la mesa) Y buen vino.

Roldán. - Bien dicho: bueno es el vino, cuando el vino es bueno. Conviene, sí, no tomarlo en ayunas, ni aguado, porque se sube al cerebro, y el cerebro...

Sarmiento. - (Vivamente) Le convendría a mi mujer... (Da varias palmaditas y luego un silbido muy dulce, y luego:) ¡Beatriz!... Hola, Beatricita!...

Beatriz. - (Entra muy sonriente, seguida de Inés, quien se mantiene a una distancia muy discreta) ¡Sarmientito!... (Lo iba a recibir con los brazos, pero se detiene y deja de sonreír al ver a Roldán) ¿Y ese caballero? (Roldán se inclina y hace una reverencia descomunal).

Sarmiento. - Un primo mío a quien no conocías.

Beatriz. - (Sobrecogida por una inexplicable aprensión) ¿Un primo?... (A Roldán) ¿Y qué desea usted?

Roldán. - (Haciendo otra reverencia y barriendo el suelo con el sombrero) Graciosa prima, yo soy Roldán. En esta noble villa, entre las primas prima...

Beatriz. - (Haciéndole un quite, como a toro bravo) Vivirá feliz Roldán. Usted tiene entendimiento. El entendimiento es la luz...

Roldán. - (Entrando a matar, le quita la palabra con viveza) Que guía las acciones, y penetra nuestra naturaleza. La naturaleza obra por los sentidos, que son cinco: el oído, tan exquisito...

Beatriz. - (Ya muy nerviosa y resuelta a dominar el campo) ¿Cómo exquisito? Primo mío: mal sabe usted de exquisitos. Lo exquisito es extraordinario. Lo ordinario no admira. La admiración...

Roldán. - (Volviéndole a quitar la palabra) Vuela hacia lo alto, y nace de la razón, alma de la ley. Quien tiene alma tiene potencias (Doña Beatriz hace esfuerzos y monerías para impedirle que siga, pero Roldán insiste con el mayor brío) Tres son las potencias del alma: memoria, voluntad y entendimiento. El entendimiento se conoce en la cara. La suya es fatal y perversa, porque en ella concurren Venus y Mercurio. Su cara, querida prima... (Roldán se detiene por un segundo, para tomar aliento).

Beatriz. - (Aprovechando la coyuntura, le quita la palabra) ¡Es mía y muy mía, vive Dios! (Roldán, disponiéndose a seguir con más vigor, se sienta a la mesa) ¡Ay, marido! ¿Qué es esto, marido? ¿Qué hombre me has traído a casa, o mejor dicho, a mi mesa?

Sarmiento. - (Sentándose también, al otro extremo de la mesa, frente a Roldán) ¿Este?... Ya te lo dije: el primo Roldán, nuestro huésped por un año.

Beatriz. - (Consternadísima) ¿Un año? ¡Eso sería reventar!

Sarmiento. - ¡Un año he dicho! (A Inés, que contempla la escena con la boca abierta) Y tú, Inés, ¿qué haces ahí, como una estatua de La Dolorosa? ¡Pronto! ¡Sírvenos la cena!

Inés. - (Volviendo de su asombro) ¡Ay, sí, volando voy! (Sale que se las pela, y en seguidita vuelve con una bandeja llena de manjares, que pone en la mesa. Doña Beatriz, petrificada, permanece en pie. Sarmiento y Roldán comienzan a comer, a mano limpia, y con un apetito verdaderamente envidiable, cambiando sonrisas alegres y maliciosas).

Roldán. - (Señalando a Inés, con la presa de pollo que tiene en la mano) ¿Y quién es esa chica tan bonita?

Sarmiento. - Inés, la criada...

Roldán. - ¿La criada dice? En Valencia a las criadas las llaman *fadrinas*, y *massapas* en Italia. Aquí unos las llaman *daifas*, otros las dicen *criadillas*...

Beatriz. - (Rugiendo de ira, sin poder ya resistir más) ¡Alto ahí, que estoy para reventar!

Roldán. - (Tragando como puede los bocados, y puntuando sus frases con la presa de pollo) Reventar dijo usted, y dijo bien. Revienta quien no puede expresar un buen concepto. De conceptos carece quien no tiene entendimiento. El que no entiende no siente. Quien no siente no vive, y muerto es. A un muerto... ¡echarlo al huerto!

Beatriz. - ¡Ay, marido... Marido!

Sarmiento. - ¿Qué te aflije, Mujer?

Beatriz. - (Señalando a Roldán) Ese hombre. ¡Echalo a la calle, que por hablar reviento!

Sarmiento. - Paciencia, Beatriz. Un año pasará el primo con nosotros. Así se lo he prometido.

Beatriz. - ¿Un año?

Sarmiento. - Y bien largo.

Beatriz. - ¡Primero muerta me verán! ¡Ay, ay, ay! (Sigue gritando, y luego gimiendo, y se deja caer al suelo sin hacerse daño, porque ha escogido el sitio y lo hace con cuidado).

Inés. - ¡Se desmayó la pobre! ¡Socorro, que se nos muere! ¡Socorro!

Roldán. - (Sin levantarse de la mesa) ¡Jesús nos valga! (Al notar que doña Beatriz entra en convulsiones) ¿De qué le habrá dado un mal tan convulsivo?

Sarmiento. - (Encogiéndose de hombros, y sin levantarse de la mesa) De no hablar... ¿No lo ves? ¡Ah, Roldán, eres una maravilla sin segundo! (Se oyen primero fuertes golpes en la puerta de la calle, y doña Beatriz se pone la mano en la oreja, reaccionando y como para escuchar. Otros golpes, y en seguida una voz de hombre que grita:) ¡Ah de la puerta! ¡Abran ustedes! ¡Abrirle a la justicia!

Roldán. - ¡La justicia! ¡Ay de mí! (Se levanta muy angustiado, y no teniendo por donde huir se esconde debajo de la mesa, lo cual nota doña Beatriz, que ya ha reaccionado por completo, aunque sigue en el suelo. Inés se acerca en puntillas a la puerta, y al abrirla aparece el corchete, seguido por Petruca).

Inés. - ¡Oh... Adelante. Pasen ustedes (Entran los recién llegados).

Sarmiento. - (Desde la mesa) ¿Pero qué ocurre? ¿Qué buscan por aquí?

El Corchete. - A Roldán. Aquí lo vieron entrar.

Sarmiento. - ¿Mi primo dice?

El Corchete. - ¡Qué primo ni qué diablos! Ladrón es el tal Roldán. A Petruca le robó un collar.

Beatriz. - (Curada ya de su mortal desmayo) ¡Ajá! Con que Roldán le robó a Petruca, ¿eh?... ¡Qué bueno, ahora me toca a mí! (Se levanta, coge el garrotillo de marras, y acercándose a la mesa le da dos golpes estupendos a Roldán).

Roldán. - (Sin salir de su escondite) ¡Ay, ayay! ¡No tan duro, prima mía! ¡No tan duro, doña Beatriz!

Beatriz. - (Hecha una furia) ¡Ni tan blando, don Bellaco! (Según parece, el juego se pone serio, porque doña Beatriz de varias vueltas a la mesa y cada vez le golpea, hasta obligarlo a salir de su escondite).

El Corchete. - (Viendo que la dama no quiere sosegar ni dar tregua, agarra a Roldán para defenderlo, pero...) ¡A ver el collar! (Le dice, poniéndole la mano casi en los ojos).

Roldán. - ¿El collar dice? Uno le ví a Petruca en el cuello...

Sarmiento. - (Levantándose) Y debe devolvérselo.

Roldán. - ¿Pero así como está?... No sería ni justo ni cortés. Yo a Petruca se lo quité para darle una sorpresa. Lo tenía muy sucio, y yo quiero llevárselo a un joyero, para hacérselo dorar de nuevo. Oro no es todo lo que luce, y la luz...

Sarmiento. - (Extendiendo la mano con imperio) ¡A verlo! (Roldán lo saca del bolsillo y se lo entrega) Y ahora, Petruca, ven acá. (La chica se le acerca, y Sarmiento se lo pone en el cuello, y en seguida en la mano unas monedas relucientes) ¡Todo para ti!

Petruca. - ¡Ah, muchas gracias, señor hidalgo!

El Corchete. - (Contento ya y disponiéndose a salir) ¡Así, sí, qué bueno!... Y usted Roldán, dése preso y véngase conmigo.

Roldán. - ¿Con usted? ¿Y por qué? Buena compañía aquí tengo...

El Corchete. - ¡Vamos! ¡Andando, y en silencio!

Roldán. - ¿Silencio dijo?... Y dijo muy bien. El silencio fue siempre alabado de los sabios. Ellos a tiempo hablan y callan a tiempo, porque hay tiempos de hablar y hay tiempos de callar. Quien calla otorga.

Beatriz. - (Interrumpiéndolo) Y quien otorga, autoriza, y la autoridad...

Roldán. - ¡Perdona a quien merece ser libre!

Beatriz. - ¡Y castiga a los ladrones! ¡Vamos, corchete! ¡Lléveselo usted! (El Corchete le vuelve a poner la mano a Roldán).

Sarmiento. - ¡No, no, señor corchete! Yo le suplico a usted que lo deje aquí encerrado, hasta que cure a mi mujer.

El Corchete. - ¿Pues de qué ha de curarla?

Sarmiento. - De hablar. ¿No ve que Roldán la enmudece con hablar?

El Corchete. - (Intrigadísimo con la noticia) ¡Oh, con que!... Entonces aquí lo dejo, pero con una condición: si la cura, usted me avisa, y a mi casa lo llevo, porque también mi mujer...

Petruca. - ¡No, no! Yo no quiero que aquí se quede encerrado. Ven con nosotros, Roldán.

Inés. - ¡Eso, eso, que se vaya! ¡Vete, pícaro hablador!

Sarmiento. - ¡Ajá!... Y se lo dice en verso.

Beatriz. - ¿En verso? ¡Qué bien! ¡Oh, la poesía!... (Se adelanta en el tablado, y le declama al público, para asombrarlo:)

La condición del hablar,
si se habla con razón,
es divina condición
de quien sabe enamorar.
Mas hablar sin ton ni son,
como el pícaro Roldán,
a cualquiera hace reventar
con su maldita inflazón.

(A Roldán, sin ver que el tiro le va a salir por la culata:)

Con tu charla sin primor
que hiere mi pobre oído
y me aturde con su ruido
¡Vete, pícaro hablador!

Inés. - (Con esperanzas de salir ganando:)

Calle, no sea pertinaz.
Sea el silencio su amaño.
Si no calla por un año
tendremos aquí a Roldán.

Beatriz. -

¡Imposible, que reviento!
Si este pícaro Roldán
en hablar siempre se empeña
que se lo trague la tierra
¡que lo haga trizas el viento!
Que se vaya es lo mejor
al infierno con su hablar
que aquí imposible es tolerar
su mala crianza y humor.

(Todos se miran llenos de asombro, seguros ya de que Roldán saldrá vencido y silencioso, pero...).

Sarmiento. - (Para estimularlo:)

¿Qué dices, Roldán, ahora?
¿No la viniste a curar?

Roldán. - (Con más viveza que nunca:)

A curar aquí he venido
una dama singular
que nunca supo callar
y a quien todos han sufrido.
Convidóme este señor
a curarla y a comer

Carlos García Prada

¡y yo la haré enmudecer
con mi charla sin temor!
Muy ligero habla Beatriz,
diciendo mil tonterías:
¡yo curaré sus porfías
hablando siempre hasta el fin!

(Doña Beatriz da un berrido formidable, y cae al suelo como fulminada por el rayo, ahora sin convulsiones).

El Corchete. - (Maravillado de la cura fulminante:)

Curada está ¡Santo Dios!
A curar a mi mujer
he de llevar sin temer
¡este pícaro hablador!

(El corchete coge a Roldán por el brazo y salen, como buenos camaradas, seguidos por Petruca. Sarmiento e Inés sonríen, y el telón cae rápidamente, dejando fuera de la escena el cuerpo inerte de doña Beatriz).